

ERIKA VAN AUTENBOER

Universidad de Sophia

Japón- primer semestre 2015



Cuando me preguntan cómo fue la experiencia que viví durante los cuatro meses en Japón, las primeras palabras que se me ocurren son “lo mejor que me pasó”.

Me vienen a la memoria imágenes imborrables, escenas inolvidables, la sonrisa se me ensancha y los ojos me brillan, es que realmente fue un viaje al que no le puedo criticar nada.

Vivir en un país que queda literalmente del otro lado del mundo, rodeada de gente totalmente desconocida, la mayoría de la cual no habla ni siquiera tu propio idioma

y la mitad ni siquiera habla inglés puede parecer algo aterrador a primera vista, pero no lo fue para mí. Entré a Japón con los brazos abiertos y llena de expectativas que fueron superadas ampliamente.

En este intercambio conocí gente increíble, vínculos que por la calidad de lo compartido pueden durar para siempre.

También aprendí a valerme por mí misma de formas que antes me hubieran parecido impensables, como perderme en una ciudad desconocida, sin un mapa y sin celular, y sin embargo volver sana y salva a casa.

Tuve la experiencia de estudiar en un campus, de formar parte de clubes universitarios, de estudiar cosas que acá no existen, de conocer una cultura que en muchos puntos no podría ser más diferente a la Argentina.

Tuve la posibilidad de viajar y ver templos, de visitar el Museo de la Bomba Atómica, de ver al sol esconderse tras el monte Fuji.

Aprendí a probar algo nuevo cada día y a la vez a apreciar los pequeños gestos que me recordaban a mi país, como aquel único día en el que pude comer carne como la que se hace en la Argentina.

El intercambio cambió mi forma de ver la vida y de pensar mi futuro. Creo sinceramente que me dio un crecimiento que solo una experiencia de estas características puede dar, y si pudiera volver a atrás lo elegiría una y mil veces.

¿Si lo recomiendo? Claramente, si la posibilidad está sería una verdadera pena dejarla pasar.